

Lanzaban rayos de entusiasmo ardiente;

Su corazón henchido de ternura  
Un mundo de ilusiones encerraba:  
Un tesoro de amor y de ternura  
Que á mi solo cariño reservaba:

La ví, y me conmovió, como los mares  
Cuando blanda y festiva se desliza  
El aura fugitiva, que á millares  
Sus mansas olas, presurosa riza:

Como en noche pacífica y serena  
El dulce son de flauta melodiosa,  
Que allá á lo lejos en el aura suena  
Y al alma inspira seducción dichosa.

¿Quién del primer amor pintar pudiera  
El placer y entusiasmo misterioso?  
¿Y quien sus ilusiones comprendiera  
A no haberlo sentido delicioso?

Cuantas veces allá en la primavera  
Al declinar de la serena tarde  
En la verde campiña y arboleda  
Que de pompa y verdor hacen alarde:

Do manaba una fuente bulliciosa  
A cuya márgen flores mil lucían  
Al lado de mi amada cariñosa  
Las horas lentamente discurrían:

El delicioso aroma de las flores  
El azul de los cielos esplendente,  
El campo y sus encantos seductores  
El astro de los cielos refulgente,

Todo con nuevo hechizo y donosura  
Mi enagenado espíritu admiraba.  
Por que henchido de amor y de ventura  
A todo, mi ilusión comunicaba.

¿Quién pudiera pensar el dulce encanto  
Que al compas de la grata melodía  
Su misterioso y peregrino canto  
Brindaba cariñosa á el alma mía?

Cuan grato el bullicioso devaneo  
Del animado baile, me encantaba,  
Mostrando caprichosa á mi deseo  
Cuanto mi mente en su ilusión soñaba.

Todo pasó, como al finar el día  
Las leves nubes de zafir y grana  
Se tornan en obscura noche umbría  
Perdiendo su brillante pompa vana.

No pasó para mí: de triste vida  
El borrascoso piélago cruzando,  
Conserva el alma su ilusión querida  
Que lo va en sus pesares consolando:

Hásta que hienda de sufrir cansada,  
Del azulado cielo las regiones,  
Y busque en el empíreo su morada  
Rotas del triste mundo las pasiones.

Y allí dó solo reinan las virtudes  
Donde la paz y la inocencia moran,  
Sin fastidio; temores ni inquietudes  
Pueden gozar dos almas que se adoran.

Francisco Ledesma.

## LOS HECHIZOS Y LAS VENGANZAS.

### LEYENDA ESCOCESA.

#### II.

#### Las revelaciones.

En las negruzcas almenas de un gótico castillo al tibio resplandor de la luna se divisaba un vigilante centinela. A la sazón conversaba con el objeto de sus amores. Era una jóven descogala y bien dispuesta que furtivamente dejara su habitación del castillo para visitar en su vigilia al soldado.

—¿Con que es preciso que tan caro me cueste tu amor? ¿he de venir desde la habitación mas baja del castillo á verte, cuando debiera ser al contrario? decíale ella cariñosamente, reconviniendo á su amante.

—¿Que quieres? mi obligación de guerrero me lo prohíben y quiero ser fiel á mi Rey.

—¿No me darás jamas la esperanza de abandonar las armas para entregarte únicamente á mi amor?

—Mis sentimientos de lealtad me prescriben ser fiel al Rey á quien juré obediencia, y por quien he prodigado mi sangre en las batallas.

—Supongo que tal juramento se limitará á servir al Rey Dufo. No quiero ser contigo escizgente, continuó la interlocutora entre alegre é irónica, ni crearme un rival de tan alto puesto; mas si acaso este dejase de existir ¿me prometes retirarte del servicio y dedicarte enteramente á nuestro amor?

—Lo juro, contestó amorosamente el soldado.

—Soy feliz, dijo, abrazándole con ternura frenética; el Rey muere infaliblemente.

—¿Que dices? ¿de donde lo sabes? dijo sorprendido el leal guerrero.

—Supuesto que ya eres enteramente mio, y á mi placer podré gozar de ti, sabe, bien mio, que el Rey se halla hechizado, y morirá á la fuerza de los conjuros.

—Eso es imposible, repuso el centinela, dejando entrever en su negativa un deseo de profundizar este misterio con algun objeto, que la jóven interpretó por efusion de confianza ó por mera incredulidad.

—No es imposible, sino muy cierto. ¿Ves aquella casa de sombrío aspecto? dijo con viveza la charladora muchacha, señalando con su linda mano á una especie de mazmorra por cuyas desvencijadas ventanas se escapaba un rojo y siniestro resplandor ¿aquella casa del callejon junto á la poterna?... ¿sabes quien habita allí?... Malcolfa la hechicera; ella ha puesto en revolucion todos sus conjuros para matar al Rey, y ya hace dos dias que este debe hallarse en los últimos instantes de su vida.

—Desecha esas ilusiones, y retírate á descansar, la dijo, el soldado entre despegado y satisfecho; pues recelo, prosiguió que el alcaide suba, porque ha sonado la hora en que acostimbra á vigilar. Despidióse en seguida la jóven, apretando tiernamente la membruda mano del galante centinela.

Cuando quedó solo se hallaba tan preocupado con semejante acontecimiento, que inmediatamente lo comunicó al alcaide del castillo, y este al Rey, quien tomó las precauciones necesarias para averiguar un hecho tan criminal.

(Se continuará).